

—Que Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo os bendiga a vosotros y a vuestros hijos.... Y tú, hija mía, tú que nos has traído al hijo que creíamos perdido, seas bien venida y déjame abrazarte.

Andrea se echó en los brazos del anciano; después, apoyando su blonda cabeza en el hombro de la madre, que había levantado a Pedro de su humilde posición, la dijo cariñosamente :

— ¿ No es verdad, querida madre, que querrás mucho a tu hija Andrea ?

— Sí—respondió la anciana, con una expresión de triunfante alegría—Te amo, hija mía, porque tienes buen corazón. ¡ Que la santa Virgen sea bendita, pues ha enjugado nuestras lágrimas !

Este fue, según nos dijo Andrea más tarde, el momento más feliz de su vida.

X.

EL ARBOL SECO

Rígido, en medio a la explanada escueta,
Del silencio cercado y del olvido,
Sin flores y sin hojas, sin un nido,
Yergue un tronco agostado su silueta.

Desgarradura aquí, y allí una grieta...
¿ Es de frondoso bosque fenecido
El postrimero vástago ? ¿ O herido
Del rayo fué por la mortal saeta ?

¡ Cuánta feliz memoria, y cuánta triste,
En torno a la armazón vetusta y blanca,
Dormitan en tranquilo apartamiento !

De pronto al leño venerable embiste
Traviesa brisa que al pasar le arranca
Del roto pecho hondísimo lamento.

Agosto de 1912

Universidad del
Rosario

F. M. RENGIFO

Archivo
Historico

